

Los Inmortales de Agapia

Por MANUEL ROJAS

CONSTANT VIRGIL GHEORGHIU escribió o publicó, hace unos veinte años, una novela que con el título de "La hora veinticinco" se vendió en el mundo por toneladas. Fue lo que se llama un "best-seller", o sea, un libro que se vende mucho.

Rumano, con estudios universitarios y contactos diplomáticos, este hombre, según la solapa de "Los inmortales de Agapia", libro de que hablaremos, estuvo, no dice por qué motivos, en los campos de concentración de la Segunda Guerra Mundial. Allí empezó a pensar en escribir su libro, tal vez un poco autobiográfico.

Confieso que a su debido tiempo leí aquel libro y que no me gustó. Me pareció folletinesco y sin grandeza. No había en sus páginas nada que le permitiera a uno saber que se trataba de un gran escritor; era sólo un libro de éxito. Su prosa y su técnica, su pensamiento y su sentimiento, me parecieron pobres. Era un escritor de éxito más, un éxito que, por otra parte, terminó ahí. Sus otros libros, entre los que se halla el titulado "La Segunda Oportunidad", pasaron sin pena ni gloria. Ahora la Empresa Editora Zig-Zag, que busca, como todas las editoriales, libros de autores que hayan tenido éxito, publica su, al parecer, última novela, que trata sobre los inmortales de un pueblo llamado Agapia, 288 páginas.

Empieza uno a leer y se da cuenta de que la prosa de este hombre se realiza, en su mayoría, por medio de saltitos o breves pasos, interrumpiéndose con punto aparte después de cada oración simple o apenas copulativa, como si temiera dar largos pasos, tomar vuelo, contrapuntarse o cantar largos rondós. Primero, por precaución, fija su lugar: "A tres mil kilómetros de París, en el gran arrabal de Europa, sobre la ladera oriental de los Cárpatos, allí donde comienza la enorme llanura, la estepa que atraviesa Rusia y se pierde en el fondo del Asia, encuéntrase la pequeña ciudad de Agapia". Viene en seguida, después de esta larga oración compuesta que le da a uno toda clase de informes geográficos, una serie de saltitos o breves pasos, que mi madre hubiese llamado "La Marcha del Sapo": "En el curso de la mañana, un juez ha sido instalado allí. Es el primer jueves del mes de marzo. En otras partes es primavera. En Agapia es pleno invierno. El juez se llama Cos-

ma Damian. Es su primer cargo. Acaba de concluir sus estudios y su servicio militar. Se dice que tiene veinticinco años, pero es difícil creerlo. Parece un estudiante. Flaco, tímido, se ingenia en ser cumplido con todo el mundo. A su alrededor no se ven sino personas de edad. Entre las demás autoridades civiles es como un colegial que habría sido admitido en el círculo de los profesores." (Pág. 7.)

Ubicación e información: a tres mil kilómetros de París, un juez flaco y tímido. Ni modo de perderse.

Siguen después otras páginas de carácter informativo, por medio de las cuales sabemos cómo es recibido el juez flaco y tímido, dónde va a vivir y quién va a ser la persona que cuidará de él, la señora Eudoxia, que no permitirá que el juez haga su cama o se limpie los zapatos; inmediatamente aparece el comisario señor Elaret, empieza a hablar y habla durante varias páginas, pero de un modo tan académico que uno piensa que oye hablar a Menéndez Pidal o a don José Toribio Medina, tan pulcramente lo hace. Los que hemos conocido algunos comisarios en nuestra vida, dudamos de que sea de verdad un comisario. Sin embargo, el hombre termina por imponerse. Habla tal como escribe Gheorghiu:

"Agapia es una ciudad extremadamente sana, una ciudad limpia. Todo el distrito montañoso de Petrodava es sano. Es un distrito sin antecedentes penales. No hay memoria humana, y por cierto desde que existe el mundo, de que alguien haya cometido entre nosotros un homicidio, una violación, un crimen. Soy desde hace treinta años comisario de la ciudad de Agapia. Tampoco yo quería ser policía. A los ocho años mis padres me llevaron al mo-

nasterio, en Neamtz. Debía ser monje. Nosotros los de acá gustamos mucho de los monjes. Aprendí a leer, a escribir y terminé mis estudios en el seminario monacal. Cuando salí del monasterio para hacer mi servicio militar se me destinó a la gendarmería. Allí seguí cursos de policía... Agapia es un lugar limpio. Una ciudad ideal para un policía y para un juez. Es una ciudad sin asuntos judiciales. Si le gusta cazar, pescar truchas o estudiar, entonces ha encontrado usted el paraíso en nuestra ciudad. El aire es seco y saludable, puro como el diamante, tan bueno que se tiene la impresión de alimentarse cuando se lo respira. Este aire fortifica. Los músculos se tornan como de acero." (Pp. 14-15.)

Por desgracia o por suerte para el comisario, la misma noche del día de la llegada del juez se comete un asesinato y el juez, dormido ya, es despertado y sacado casi en vilo. Entonces la ciudad de Agapia, en donde no hay ningún intelectual ("Un intelectual en una ciudad de provincia es como un peatón que marcha por camino fangoso", dice Gheorghiu), se llena de rumores y de confusión y seguidamente aparece lo que esta novela tiene de valor: sus personajes, sus extraños e increíbles personajes, que hacen recordar a los de Panait Istrati, de ese mundo todavía salvaje del arrabal de Europa. El comisario, por supuesto, el elocuente y hasta ese momento inútil comisario, es el que hace el libro, ya que el juez, flaco y tímido, sin conocer allí a nadie y con una mentalidad limitadamente académica, poco es lo que puede hacer.

Ha sido asesinado el joven Anton Tuniade, hijo del sátrapa fanariota del mismo nombre y un tiempo atrás asesinado por el campesino Savonarola Mold, y de Patricia Tuniade, mujer rubia, de rostro muy blanco y muy pálido, de ojos azules", mujer además que maneja toda clase de armas de fuego con gran puntería (yerra, sin embargo, cuando dispara contra el asesino de su hijo). ¿Quién es el asesino? Se sospecha de una mujer y después de Ismael el Lipovano, único cochero del pueblo, que "cerca de los caballos, con su gorro de piel puntiagudo y cubierto de copos, parece un abeto sobre el que cae la nieve". Pero no puede ser él: es un "skoptzy", dice el comisario. ¿Qué significa eso? "Tienen una sed hereditaria, insaciable, una sed salvaje, inhumana, de lo absoluto. Y de tal modo construyen toda suerte de herejía intentando escapar a la condición humana, elevarse más alto que la tierra y más alto que la vida de los hombres... Una de las innumerables sectas que surgen día y noche a orillas del Mar Negro, es aquella a la que pertenece nuestro pobre Ismael: la de los "skoptzys". Son cristianos, iguales a todos los cristianos del mundo, pero además se hacen extraer las glándulas genitales... Encontraron un texto, para justificar aquello, en el Evangelio de San Mateo. Con el bisturí aplican el capítulo XIX,



versículo 12 de ese Evangelio... Liberado de las servidumbres del sexo y la carne, el hombre está en situación de lograr la condición de ángel. Pues los ángeles son superiores a los hombres en que no tienen sexo ni carne... Los "skoptzys" practican esa pequeña operación (incomparablemente más benigna que la ablación del apéndice) luego de haber tomado mujer y tenido un solo hijo. Inmediatamente después del nacimiento de tal niño, el padre se torna eunuco, y vive el resto de sus días y de sus noches cerca de su esposa, como cerca de una hermana". La policía fronteriza, sin embargo, mató a la mujer y al hijo de Ismael cuando cruzaban el río Dniester helado. Y así el hombre de dos metros de altura, de cabellos color miel y con voz de niña, es descartado. Pero unos ferroviarios encuentran sobre los rieles del tren a un individuo que debe ser el asesino: es Savonarola Mold, el que mató al sátrapa Anton Tuniade, porque quería quitarle su hacha —ya le había quitado una por andar merodeando en su bosque—, y él, después de soportar una terrible paliza, sin soltar el hacha, que era su única herramienta, su hachetito, terminó por cortar como una sandía la cabeza del sátrapa. Niega ser el asesino. ¿Cómo es que está en liber-

tad? Ha huido de la cárcel. ¿Por qué? Y viene la increíble historia, casi tan increíble como la que cuenta el comisario al recordar cómo Savonarola mató al sátrapa: huyó de la cárcel porque quería ver por última vez a su mujer y a sus hijos. Reunió un poco de dinero, trabajando en la mina de sal en que está recluido, compró caramelos y resolvió visitar a su familia, acariciar la mejilla de sus niños, cosa que nunca había hecho, y decir alguna palabra amistosa a su mujer, palabra que nunca le había dicho. Pero niega haber asesinado al joven Tuniade.

Existe, no obstante, la policía, es decir, los detectives, y llegan dos al pueblo, y "convencen" a Savonarola de que es el asesino; sí, el que asesinó al joven Tuniade. Y Savonarola puede entonces acariciar a sus hijos, darles los caramelos y beberse con su mujer una botella de vino. Después se lo llevan y muere en el tren. Tal vez lo "convencen" de que muera. Finalmente, aparece el asesino, pero ya no es necesario un asesino. "Váyase", le dice el juez. Y así, con su prosa misérrima, iluminada a trechos por agudas reflexiones y aciertos expresivos, Constant Virgil Gheorghiu construye un libro que se lee con agrado, gozando aquí y sufriendo allá.

"CORONACION" EN USA

APARECIERON en USA las primeras críticas de "Coronación", la novela de José Donoso, cuya traducción inglesa fue publicada el 15 de marzo por la editorial Alfred A. Knopf, de Nueva York.

El comentario de la revista "Time", del 23 de abril, concluye, tras dedicar su primera parte a la relación del argumento: "Aunque el novelista Donoso, un chileno educado en Princeton, presencia este velorio de la aristocracia con un goce casi macabro, parece sentirse un tanto triste cuando la senil señora (Elisa Grey

de Abalos) deja de parlotear y entrega su alma. Bien debiera sentirse triste el autor. Al fin y al cabo fue ella quien le dio "harto fiebre" a una vieja historia".

En el "New York Times" Book Review, la novela fue criticada por Alexander Coleman, profesor de castellano en Wellesley. Primero relató el

argumento y luego comentó: "Estos acontecimientos son narrados por José Donoso con una propensión cáustica y satírica, por lo macabro. Las debilidades de la senilidad no han sido reveladas en una forma tan mordaz y, a la larga, cómica, desde que "Memento Mori", de Muriel Spark, se publicara en este país. Es un libro cruel y ameno; la sátira no es menos eficaz cuando desolla una aristocracia inútil que cuando examina la angustia de una vieja fa-

milia, tambaleándose al borde de la catástrofe.

"El macabro libro de Donoso fue bien servido por una soberbia traducción de Jocasta Goodwin. Para mí fue un continuo deleite y sorpresa ver el áspero slang latinoamericano utilizado sin vacilación y con sentido increíble del matiz preciso del original. "Coronación" es la primera novela de un chileno muy viajado, que se graduó en la Universidad de Princeton, y recibido el

premio de la Fundación William Faulkner correspondiente a 1962. Bajo los términos del testamento de Faulkner, este premio está destinado a estimular la traducción de distinguidas obras de ficción latinoamericanas. La publicación en inglés de esta novela, que ya tiene mucho de clásico en América latina, sin duda es un buen augurio para el cumplimiento de los generosos propósitos de la Fundación."